



# EL PLAN DE IGUALA

Laura Emilia Pacheco



# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



**SEGOB**



**MÉXICO  
2010**



# EL PLAN DE IGUALA

Laura Emilia Pacheco

EN SU GUERRA A MUERTE CONTRA INGLATERRA POR el dominio de Europa, Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, invadió España y arrojó del trono y aprisionó a Fernando VII. Entre los españoles y los criollos de México hubo una gran división acerca de quién iba a gobernar en esas condiciones. Los peninsulares afirmaron que la estructura social y política debía permanecer sin cambio aunque el rey estuviera prisionero. Los criollos dijeron que, según la ley, al quedarse el reino sin el monarca la soberanía recaía en el pueblo. Para muchos se presentaba la anhelada oportunidad de una independencia que pusiera los grandes recursos de la Nueva España en manos de sus hijos y ya nunca más en beneficio de la metrópoli española.

Francisco Primo de Verdad y fray Melchor de Talamantes, promotores de este movimiento que no llegó a serlo, pagaron con la vida su audacia. Los comerciantes

españoles impusieron un virrey dócil a sus intereses. La Nueva España volvía a la calma que reinó durante tres siglos. Pero el mundo no podía seguir igual después de la Independencia norteamericana y la Revolución francesa. El siglo XVIII había impuesto la idea de que los ciudadanos tienen libertades y todos son iguales ante la ley.

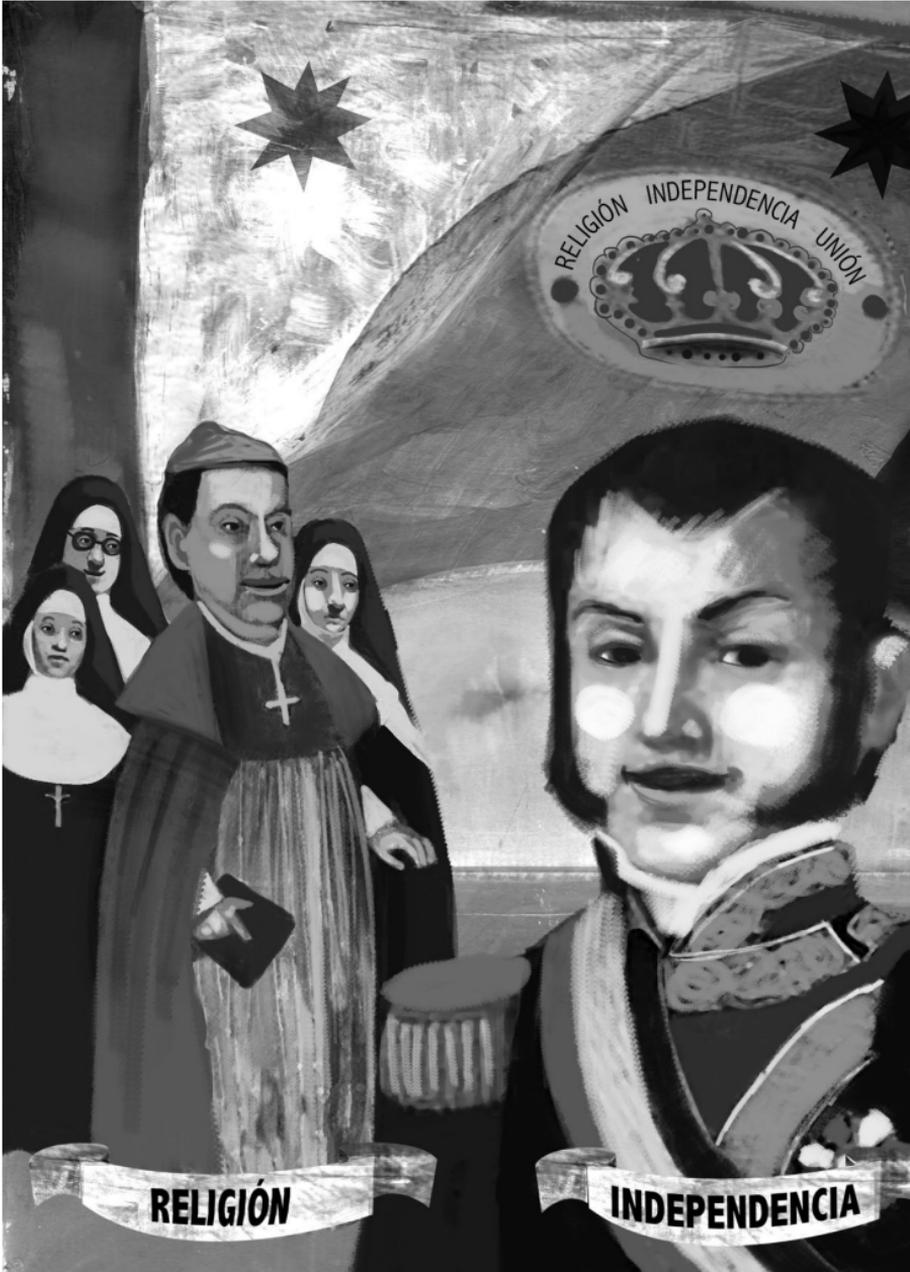
Miguel Hidalgo, párroco de Dolores en El Bajío, inició la guerra de independencia en 1810. Al ser derrotado, otro sacerdote, José María Morelos, continuó la lucha y promulgó la libertad de México y el fin de la esclavitud y el sistema de castas. Morelos logró grandes victorias militares, pero en 1815 fue derrotado y muerto por Félix María Calleja, el mismo general español que había vencido a Hidalgo.

Al caer Napoleón, Fernando VII volvió a ser rey de España, derogó las medidas liberales de las Cortes de Cádiz y restauró el absolutismo. La causa de la Independencia mexicana fue sostenida heroicamente por jefes como Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, que hicieron guerra de guerrillas contra el ejército español. No podían vencer pero tampoco eran derrotados. El virrey ofreció el indulto a los rebeldes a cambio de entregar las armas. Cuando su

padre le pidió a Guerrero que aceptara ser indultado, él se negó y dijo que respetaba a su padre, pero “la Patria es primero”. A diferencia de lo sucedido en México, los caudillos de Sudamérica —Simón Bolívar, José de San Martín y Antonio José de Sucre— obtuvieron grandes victorias. En España se organizaron tropas para sofocar la guerra de independencia y se pensó que debía comandarlas el mariscal Calleja, victorioso en la Nueva España.

Sin embargo, el 1º de enero de 1820, en Cabezas de San Juan, cerca de Sevilla, el coronel Rafael del Riego se sublevó al frente de esas tropas y obligó a Fernando VII a proclamar la Constitución Liberal de 1812. Morelos se había inspirado en ella para redactar la Constitución de Apatzingán, que establecía la igualdad de los ciudadanos, la división de poderes y los derechos individuales.

El clero, el ejército, los grandes mineros, hacendados y comerciantes vieron amenazados sus privilegios por lo que consideraron el triunfo del liberalismo en el mundo hispánico. Los criollos, que en 1808 y en 1810 habían sido partidarios de la independencia, acabaron por sumarse a los españoles, pues vieron en la lucha una guerra de razas y de clases destructiva también para sus intereses.





Para acabar con la resistencia de Vicente Guerrero en el sur, se envió al coronel realista Agustín de Iturbide, que había derrotado a Morelos en Valladolid, la ciudad que se hoy se llama Morelia en su honor. Guerrero era campesino, descendiente de mestizos y mulatos que en el feroz sistema de castas novohispano tenían cerradas todas las posibilidades de mejorar. Iturbide era criollo y gozaba de muchas ventajas sociales, pero la misma separación social lo colocaba en un rango inferior al de los pensinsulares, que monopolizaban las grandes riquezas y los altos mandos militares. A él y a muchos criollos el triunfo del liberalismo en España les pareció una oportunidad irrepetible de llegar al poder y a la fortuna.

En la iglesia de La Profesa, los poderosos de México se reunieron para lograr la independencia no del absolutismo, sino de la España liberal, que les permitiera seguir como antes y ofrecer el trono de la Nueva España al propio Fernando VII. Confiaron a Iturbide la parte militar de la empresa.

En los primeros días de febrero de 1821, los comandantes de las fuerzas insurgentes y realistas se encontraron al fin en Acatempan. El llamado “abrazo de Acatempan” señaló el acuerdo para formar un frente

unido contra la dominación española. El 24 de febrero Iturbide proclamó el Plan de Iguala.

En ese documento se asentaban tres principios sobre los cuales se erigiría el nuevo país: México iba a ser independiente de España o de cualquier otra nación, pero estaría gobernado por un rey español, ya se tratara de Fernando VII o de cualquiera de los miembros de la familia real española. La Iglesia católica mantendría todas sus prerrogativas y todos los ciudadanos tendrían los mismos derechos, sin importar su origen étnico. El Plan de Iguala establecía, pues, una precaria alianza entre insurgentes y realistas. Todas las fuerzas lo aceptaron, en primer lugar, como remedio para una guerra civil que en diez años había causado muchos muertos y destruido gran parte de las grandes riquezas de país.

Insurgentes y realistas se aliaron bajo la bandera del Ejército Trigarante al mando de Iturbide. Las tres garantías en que se fundamentaba eran religión, independencia y unión. También se necesitaba una bandera que simbolizara la alianza. Aquel 24 de febrero, el sastre José Magdaleno Ocampo le entregó al comandante en jefe la bandera del México independiente, y cada 24 de febrero celebramos su día. Los colores de la nueva enseña inspiraron a las monjas de Puebla para ofrecer a

Iturbide, a su paso por esa ciudad, los chiles en nogada, el segundo plato nacional.

La bandera de Iguala tenía tres franjas diagonales con una estrella dorada de cinco puntas en el centro de cada franja, como símbolo de unión y armonía. La franja blanca de la izquierda representaba la pureza de la religión católica; la franja verde del medio significaba el ideal de la independencia política de México; la última, de color rojo, simbolizaba la unión entre indios, mestizos, criollos y españoles. Cada estrella era emblema de cada una de las tres garantías.

Los insurgentes Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo e Ignacio Rayón se adhirieron al Plan de Iguala. Lo mismo hicieron los oficiales españoles. Los liberales españoles enviaron a un último virrey, Juan O'Donojú, quien firmó con Iturbide los Tratados de Córdoba. El Ejército Trigarante hizo su entrada en la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1821. O'Donojú murió poco tiempo después.

Mientras que otras revoluciones de independencia triunfaban en Sudamérica con la victoria sobre las fuerzas españolas, en México llegaba al Palacio Nacional (antes palacio virreinal) el jefe militar que había vencido a los insurgentes. De acuerdo con los Tratados de



Córdoba, el rey de España se convertiría en el emperador de México, pero Fernando VII rechazó la corona de México y se negó a reconocer la independencia de sus antiguas colonias. Ningún otro miembro de la casa de los borbones quiso ocupar el trono de Anáhuac. Meses más tarde Iturbide se proclamó emperador. Hizo que el sargento Pío Marcha, en representación de sus tropas, fuera a buscarlo con una muchedumbre al que hoy llamamos Palacio de Iturbide (antigua residencia de Calleja) para ser proclamado emperador, y de ahí a ser coronado en la Catedral sólo hubo un paso.

El Imperio mexicano se vino abajo en poco tiempo. Tenía más de cuatro millones de kilómetros cuadrados: desde Oregon en el norte hasta Panamá en el sur. Hoy abarca menos de dos millones de kilómetros cuadrados, a raíz de la invasión estadounidense de 1847.

Iturbide no tardó en decepcionar a sus aliados insurgentes y, en 1823, Guerrero y Bravo se alzaron en armas contra él. En Veracruz, un joven ex oficial realista, Antonio López de Santa Anna, proclamó la República. El sueño iturbidista duró apenas nueve meses. El emperador fue derrocado y huyó a Europa. Intentó volver en 1824. Ignoraba que el Congreso lo había declarado traidor a la patria, de modo que en cuanto desembarcó fue

fusilado en Padilla, Tamaulipas. Alcanzó a pronunciar ante el paredón su frase célebre: “Mexicanos: ¡muero gustoso porque muero entre vosotros!”

A pesar de todo, la alianza entre realistas e insurgentes nacida en Iguala había dado sus frutos: México ya era un país independiente.







Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,  
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin  
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,  
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y  
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México  
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

